

Reseña

Rossi, María Julia. Ficciones de emancipación. Los sirvientes literarios de Silvina Ocampo, Elena Garro y Clarice Lispector. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2021.

Karina Elizabeth Vázquez¹

Adela y Luisa son obstinadas y saboteadoras. Van a su aire, exhibiendo sin culpa un sentido de propiedad inaceptable en dos mucamas bolivianas. Pero con las domésticas no se negocia y semejante orgullo debe suprimirse con imperturbable, aunque cordial, autoridad. Al menos esto es lo que cree la Señora Brodie, empleadora y narradora de “The Dreadful Mucamas” (2014), relato en el que Lydia Davis da cuenta de la inutilidad del discurso ilustrado frente a los gestos soberanos de los que no tienen voz. La intransigencia de los movimientos y las miradas de las mucamas indígenas desestabiliza la lógica de las demandas de la empleadora. El orden discursivo con el que ésta intenta imponer la razón de sus deseos pierde efectividad frente a la

¹ **Karina Elizabeth Vázquez** es Socióloga y Doctora en Literatura Latinoamericana. Ejerce la docencia en la Universidad de Richmond. Investiga las representaciones del mundo del trabajo y la relación entre memoria, afecto y discursos visuales. Es autora de *Fogwill: Realismo y mala conciencia* (Edhasa/Circeto, 2009), *Aprendices, obreros y fabriqueras: el trabajo industrial en la narrativa argentina del siglo XX* (Biblos, 2013) y co-editora de *Insomne pasado: lecturas críticas sobre Latinoamérica colonial. Un homenaje a Félix Bolaños* (F&G, 2016). Ha publicado en revistas especializadas (*Iberoamericana*, *Chasqui*, *Luso Brazilian Review*, *Journal of Hispanic Research*), y en los volúmenes *Miradas desobedientes. María Teresa Andruetto ante la crítica* (Corinne Pubill y Francisco Brignole, eds.), *Domestic Labor in Twenty-First Century Latin American Cinema* (Elizabeth Osborne y Sofía Ruiz-Alfaro Eds.), *Los de abajo. Tres siglos de sirvientes en el arte y la literatura latinoamericanos* (María Julia Rossi y Lucía Campanella Eds.), entre otros. Junto a Claudia García, es co-editora de *Irreverente y desmesurada: Aurora Venturini frente a la crítica*, de próxima aparición. Contacto: kvazquez@richmond.edu.

autoridad del silencio con el que le dan réplica sus empleadas. Mientras la presencia de Adela y Luisa se agiganta, volviéndose cada vez más visibles y omnipresentes, la Sra. Brodie desaparece en su inagotable alegato. Y es que no hay sirvienta del todo sumisa. Esto ya lo deja bien claro Mary Sánchez, la empleada doméstica latina de “A Day’s Work” (1980), de Truman Capote. Personaje y, por qué no, verdadera autora del maravilloso relato, Mary ejerce su autonomía “despidiendo” a una de sus empleadoras. Porque la soberanía no es un asunto de autoridad, poder o superioridad; no basta con dar un portazo o marcharse sin aviso. Revertir una situación laboral como la del empleo doméstico, que aún hoy, pese a las regulaciones, presenta más atributos de raigambre feudal que de relación contractual, implica el cuestionamiento simultáneo del régimen socioeconómico y del orden simbólico que lo naturaliza en la materialidad cotidiana. Dicho de otro modo: la emancipación debe ser el producto de un movimiento soberano (interno y externo), que en su manifestación haga imposible no objetar la codificación histórica, cultural y material sobre la que descansa esta relación laboral y el lugar que en ella tiene la empleadora (su voz) como instrumento del capital.

En *Ficciones de emancipación. Los sirvientes literarios de Silvina Ocampo, Elena Garro y Clarice Lispector*, María Julia Rossi presenta un conjunto de lecturas críticas de textos de autoras centrales en la matriz de la literatura y de los feminismos literarios en Latinoamérica. Los análisis evidencian una rigurosa metodología no solo en cuanto a la delimitación de la serie literaria estudiada dentro de un vasto corpus y en relación con los conceptos teóricos empleados, muchos de los cuales, dada la temática, provienen del campo de los estudios sociales y la economía, sino que demuestran una clara demarcación por parte de la autora de las tensiones que provoca el estudio del empleo doméstico en el campo académico. Rossi retoma lo señalado por Bruno Latour (2003) sobre la dificultad que se plantea desde los ámbitos de las clases medias (y de los sectores profesionales y académicos) para “tomar distancia” con un objeto de estudio que al mismo

tiempo es visto como un recurso “justificado” en el ámbito privado a la hora de librarse del conjunto de demandas domésticas impuestas por el orden patriarcal. El dilema presentado por Lautier, sobre cómo a veces las voces que observan críticamente las disparidades sociales participan en la perpetuación de esas mismas relaciones de explotación, es trasladado, y ampliado en su alcance teórico por Rossi en una serie de lecturas que desautomatizan los modos de “leer” a los sirvientes literarios. En cierta medida, la autora lleva a cabo un análisis que resuena con lo observado por Ángela Pradelli sobre la significación literaria (2013): no leemos textos, sino que en el acto de lectura somos nosotros los explorados y cuestionados por los textos (205); la lectura es, ante todo, una situación de interpelación a la que nos entregamos.

Rossi ofrece una exploración de los sirvientes en los textos de Silvina Ocampo, Elena Garro y Clarice Lispector que parte precisamente de concebir los textos como instancias en las que la representación del sirviente no es una entidad semántica única, sino un territorio cruzado por múltiples, innumerables e inabarcables manifestaciones del lenguaje/sentido (Pradelli 68-69), el cual nos permite a nosotros, los interpelados, entenderla como una “situación”. En este sentido, el análisis que ofrece Rossi dialoga de manera complementaria con *¿Cada una en su lugar? Trabajo, género y clase en el servicio doméstico* (2018), de Débora Gorban y Ania Tizziani, estudio que parte precisamente de entender el trabajo doméstico como un “hecho social” que pone en un “cara a cara” cotidiano a dos sectores sociales diferenciados (12). Rossi lee los textos de Ocampo, Garro y Lispector enfocándose en esta relación como una situación sostenida por dinámicas donde el movimiento de los cuerpos de las sirvientas, sus silencios y sus gestos se despliegan no siempre de manera unidireccional, refrendando el lugar y la voz de sus empleadoras, sino de modo oscilatorio (y desconcertante), suscitando ellas mismas una lectura no controlada sobre sus empleadores. La autora propone que detectar este “gesto soberano” de las sirvientas de estos universos

ficcionales inicia una visualización de los mecanismos que las invisibilizan (Rossi 291). En este sentido, este estudio formula un cambio de paradigma en el modo de leer a estas escritoras y sus sirvientes literarios: propone dejar de leer al sirviente como materia referencial y, en cambio, prestarle atención al papel que esta figura tiene tanto en la economía narrativa de los universos ficcionales de estas autoras, así como en el lugar de enunciación que ellas construyeron en los bordes de las coordenadas impuestas por las tradiciones literarias en Latinoamérica.

Aquí es preciso aclarar la insistencia en el empleo de los términos sirvienta o sirvientes por parte de la autora. En el prólogo a *Los de abajo. Tres siglos de sirvientes en el arte y la literatura en América Latina* (2018), volumen editado por Rossi y Lucía Campanella, ambas señalan que el uso del término sirviente permite visualizar las otras aristas que tiene esta figura en el ámbito de lo doméstico: lo extraño, ajeno, siniestro, amenazante, el malestar propio de la convivencia íntima con un ser “percibido adrede” y de manera funcional como “distinto”, quien lleva adelante un trabajo que lo distingue negativamente. De este modo, el término sirvienta preserva la noción de trabajo frente a eufemismos cotidianos que borran la relación laboral: “de ‘la empleada doméstica’ queda sólo ‘la doméstica’, de ‘la muchacha para toda tarea’, ‘la chacha’” (15).

Ficciones de emancipación propone visualizar la variada gama de experiencias que constituyen la presencia del sirviente, es decir, la naturaleza de esa situación cotidiana en la que las diferencias de clase son “íntimamente” constitutivas en la reproducción de ciertas dinámicas de género hegemónicas. El texto está organizado en una introducción en la que se exponen aspectos metodológicos; un capítulo dedicado a los sirvientes en Victoria Ocampo y Rosario Castellanos, que funciona a modo de contexto contrastivo en relación con percepciones o imaginarios dominantes en torno al vínculo empleada-empleadora; el primer capítulo analítico en el que la autora aborda las significaciones de la figura del sirviente en distintos relatos

de Silvina Ocampo; un segundo capítulo en el que explora la posibilidad de la independencia en una novela y una colección de cuentos de Elena Garro; el tercer capítulo, donde presenta un análisis de distintos textos de Clarice Lispector en los que la narración es un dispositivo de afirmación de la voz autoral, pero también es el resorte de un universo de sentidos capaz de contestar esa hegemonía al hacer visible la asonancia entre las fuerzas sociales que llevan a los sirvientes a ser despedidos (o a marcharse) o a transformarse en “casos literarios” (215). En las conclusiones, la autora retoma el problema del alcance ideológico de los sirvientes literarios no tanto en la escritura, sino en los efectos de lectura; es decir, en la orquestación simbólica de la invisibilidad del sirviente (Rossi 267). El estudio incluye un apéndice en el que se elabora una lectura comparativa y global de la presencia de los sirvientes en distintos textos culturales y objetos de la cultura material, como las ficciones en los que la voz narrativa (y a veces la autoral) pertenecen a las “figuras” ancilares, los testimonios de sirvientas y los manuales de “uso”.

En su introducción “Apuntes para una poética del sirviente literario”, la autora examina el empleo doméstico como una situación de encierro que establece una relación entre individuos en la que el cuerpo de unas, las sirvientas, es ante todo “tiempo vital” expropiado en beneficio de la empleadora, en términos de su propia productividad y sus patrones de consumo. Tomando esto como punto de partida, la autora cuestiona dos aspectos generalmente asumidos como “naturales” al empleo doméstico y a la relación empleada-empleadora. Por un lado, la supuesta invisibilidad de las sirvientas, que no es más que la proyección del imaginario de sus patronas: la sirvienta ideal es eficaz, discreta, sumisa, invisible y está siempre disponible; es un apéndice incorpóreo, casi al modo de un *body slave*. Se trata de una presencia fuera de lugar que tiene por objeto ser consumida (su tiempo vital). Es de difícil disociación para los empleadores, que como estrategia recurren a una retórica de invisibilización (45). Por el otro, el tema del afecto entre empleada y empleadora, que es habitualmente asumido

como constitutivo de la relación, dada la proximidad física y emocional. La autora parte del excelente estudio de Encarnación Rodríguez Gutiérrez (2010), quien en primer término deslinda los conceptos “afecto” y “emoción”, explicando sus distintos alcances. Rossi retoma de esta autora la idea del afecto y del trabajo emocional implicados en el trabajo doméstico como instancias de producción de bienestar, habitabilidad, afabilidad y confort (Rodríguez Gutiérrez 130) que, por su “inmaterialidad” o la dificultad para ser cuantificadas, complejizan esta relación laboral. Cabe destacar que el estudio de Rodríguez Gutiérrez permite dos cosas fundamentales a la hora de pensar el empleo doméstico tanto en la economía material, como en la economía narrativa: primero, el papel de las percepciones sobre aquello que es o no tangible en la codificación histórica del valor “mercantil” de las tareas manuales e intelectuales, y, segundo, el carácter relacional de esta codificación a la hora de ver el empleo doméstico frente a otras tareas de cuidado y otras actividades productivas de mayor “prestigio”... como la escritura y las profesiones liberales.

En el capítulo “Las esclavas de sus palabras. Victoria Ocampo y Rosario Castellanos”, se ocupa del lugar de Estefanía Álvarez (Fani), empleada doméstica de Ocampo, en uno de los textos que componen los cuatro volúmenes de *Testimonios*. ¿Cómo y hasta dónde, o de qué manera es textual y enunciativamente productiva Fani, cuando Ocampo la hace hablar para hablar de ella misma? La relación doméstica plasmada en la voz de la empleada yuxtapone hasta el paroxismo esa dinámica en la que los amos consumen el cuerpo de sus sirvientes; porque “Victoria *usa* a Fani porque Fani le *sirve*” (74). En el caso de Rosario Castellanos, el análisis de Rossi propone ver en los textos que la autora le dedicó a Herlinda Bolaños y María Escandón, dos de sus empleadas domésticas, más que una reflexión sobre la institución del empleo doméstico en general, una justificación que revela las tensiones entre la lógica de la productividad doméstica y la de la productividad intelectual (81). Aparecen nuevamente en esta sección los

planteos de Lautier para cotejar el peso conflictivo que representaba para Castellanos su conocimiento de la filosofía de Simone Weil a la hora de pensar la forma en que las víctimas se convierten en cómplices de sus victimarios. ¿No es posible pensar, entonces, que la empleadora educada, la escritora, en su posición de refrendar los valores del género mediante el empleo de sirvientas no es una víctima-cómplice del patriarcado capitalista? Sirvientas, elenco estable de la productividad literaria y de la economía narrativa que les permiten a las autoras construirse a sí mismas en una modalidad de enunciación socialmente valorada (75). Sin embargo, esta “emancipación” por medio de la palabra abre la puerta, en la figura de la empleada, a un universo de significaciones, de gestualidades y movimientos, capaz de erosionar los valores de la hegemonía cultural desde la cual son gestadas empleadas y empleadoras, tornando la cuestión de la soberanía en el campo del género en un asunto que se dirime en el terreno de la clase social.

En “Silvina Ocampo. El servicio ubicuo”, la autora expone un cambio paradigmático en la forma de leer este “elenco estable” en la narrativa latinoamericana escrita por mujeres. En los relatos de Silvina Ocampo, Rossi encuentra que los sirvientes son personajes dinámicos, en permanente mutación, capaces de descentrar las visiones hegemónicas. Si en cada encuentro con un texto, los leídos somos nosotros, lo que Rossi indica es que este abanico de personajes, capaces de abrir universos, nos miran e interpelan desde el vasto mapa de coordenadas que los ubican en su situación laboral, una que es de explotación, pero que también implica insumisión. Sobre los sirvientes de Silvina Ocampo, la autora señala que nos encontramos frente a seres independientes de sus amos, cuya subjetividad explora (96), dejándolos hablar y moverse, desplegando a un tiempo protagonismo y soberanía (121). Si en el capítulo dedicado a Victoria Ocampo y Rosario Castellanos la tensión del vínculo empleada-empleadora aparece en la rigidez u oscilación de la enunciación autoral, en este otro capítulo la tensión se manifiesta como posibilidad de emancipación simbólica, situaciones en las

que la empleada, desde su lugar, es la que controla, subvierte, corroe y “corrige”, participa de una “voz” que “tiene la ambigüedad como destino último” (148). Esto es así aún cuando los sirvientes y los universos que materializan aparecen difuminados en capas de escenas. Mariana Enriquez (2018) ha señalado que el amor de Silvina, la niña, la mujer, la escritora, a los sirvientes de la casa nunca se transformará en conciencia política o de acción social concreta (11), sino que este elenco tanto real, como ficcional le “servirá” muchas veces como el único gesto de oposición parcial a una institución fundamental del orden social de la gran burguesía: la familia (Blas Matamoro, citado en Enriquez). No obstante, los gestos de los habitantes de las “dependencias de servicio” (niñeras, cocineros, planchadoras, sirvientas), revelan sabiduría y una capacidad para generar dependencia afectiva en sus amos, quedando así en una situación de relativa autonomía.

El capítulo segundo, “Elena Garro. Testigos invisibles, agentes secretos” propone precisamente prestar atención a la sucesión de estas escenas porque en los cuerpos, las gestualidades y los silencios reside un “habla” de los sirvientes. Si bien en Garro los sirvientes aparecen como extensiones de sus amos, sus universos funcionan como motor de las tramas, cuestionando así la supuesta invisibilidad de su persona y, en última instancia, poniendo de manifiesto los mecanismos que borran sus identidades. Rossi observa así que los sirvientes de *Recuerdos del provenir* detentan un poder real (209) capaz de cuestionar la autoridad de la voz narrativa. Y es que el tema de la autoridad recorre la relación entre empleadas y empleadoras, ya sea en los modos de ejecución de las tareas, la organización del tiempo y las distancias, el uso del cuerpo y de las emociones, la disposición, interna y externa, de la energía vital. Así lo vemos en el tercer capítulo, “Clarice Lispector. Ausencias omnipresentes”, donde la autora ofrece una indagación profunda de *A paixão segundo G.H.* Frente a la palabra de la empleadora/narradora se erige el gesto soberano de la empleada, que se ha marchado no sin antes dejar la huella de su soberanía: el producto de

su gesto grabado en la pared –estructura edilicia contenedora de su empleadora–, que revela su “ser”, ese que está fuera del control de su patrona (216). La narración aparece como una reflexión que busca denodadamente darle sentido a otro de manera tal que justifique ese mundo desde el cual se enuncia y desde el cual se orquesta simbólicamente la invisibilidad del otro (261).

En su estudio, María Julia Rossi invierte la mirada sobre la autoridad de aquellos que poseen los medios de representación y propone ver en los movimientos de quienes “les sirven” gestos capaces de desestabilizar la hegemonía de ese poder. En el “Apéndice”, donde se ocupa de manera complementaria de las figuras ancilares y sus voces en el campo de la cultura material y los textos culturales, la autora abre vías de exploración sobre el potencial de las voces autorales para rebatir la preeminencia del patriarcado en las lecturas impartidas desde el género. La prosa de Rossi está limpia de las incrustaciones conceptuales tan frecuentes en la exposición académica. La solidez de sus argumentos no solamente es resultado de su exhaustividad analítica, sino también de una claridad expositiva que conduce a los lectores hacia un agudo diálogo con las interpretaciones de los textos estudiados. En este sentido, somos nosotros los leídos por *Ficciones de emancipación*; estamos frente a un estudio académico de crítica literaria que se acerca en mucho a una elaborada serie de ensayos cuya lectura desautomatiza la mirada sobre la desigualdad induciendo a sus lectores a no “adoptar acríticamente la mirada patronal” (291). En última instancia, Rossi nos exhorta a que leamos como Luisa y Adela, desde el gesto soberano, y a que, como Mary Sánchez, “despidamos” a los patrones de nuestra mirada.

Bibliografía

Campanella, Lucía y María Julia Rossi. *Los de abajo. Tres siglos de sirvientes en el arte y la literatura en América Latina*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario Editora, 2018.

Capote, Truman. *Music for Chamaleons*. Nueva York: Random House, 1980.

Davis, Lydia. *Can't and Won't*. Nueva York: Picador, 2014.

Enriquez, Mariana. *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo*. Barcelona: Anagrama, 2018.

Gorbán, Débora; Tizziani, Ania. *¿Cada una en su lugar? Trabajo, género y clase en el servicio doméstico*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2018.

Lautier, Bruno. "Las empleadas domésticas latinoamericanas y la sociología del trabajo: algunas observaciones acerca del caso brasileño". *Revista Mexicana de Sociología* 65.4 (2003): 789-814.

Pradelli, Ángela. *El sentido de la lectura*. Buenos Aires: Paidós, 2013.

Rodríguez Gutiérrez, Encarnación. *Migration, Domestic Work, Affect – A Decolonial Perspective on Value and the Feminization of Labor*. Nueva York/Londres, Routledge, 2010.